

CHIQUINQUIRA Y PUEBLOS ALEDAÑOS EN EL SIGLO XVI

MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.*

RESUMEN

Breve reconstrucción del ambiente cultural, social, antropológico, geográfico y religioso del S. XVI en esa región de Boyacá, según lo vieron los contemporáneos, cronistas e historiadores de la época, y los personajes y circunstancias que actuaron cuando la renovación de la imagen de Nuestra Señora.

Los caminos de Dios son insondables: puso los ojos en la humildad de su esclava ...
Exaltó a los humildes, cantaba Nuestra Señora (1).

El Santuario de Chiquinquirá es hoy nacional en nuestra Patria y centro de peregrinación continental:

*ahora celebrando grandemente
a causa del retrato venerable,
imagen de la Virgen sin mancilla,
por cuya intercesión allí se muestra
al Sumo Hacedor maravilloso
sanando ciegos, mancos y tullidos,*

cantaba, don Joan de Castellanos, incansable versificador, contemporáneo del prodigio (2).

* Graduado en la Universidad de Oxford. Presidente de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica. Miembro de Número de las Academias de Historia y Colombiana de la Lengua. Director del Departamento de Filología Clásica del Instituto Caro y Cuervo.

La actual ciudad, poblada y próspera, era otrora un caserío insignificante de indígenas,

*Chiquinquirá, pueblo de indios
que dista desde más de siete leguas.
desta ciudad llamada Tunja,*

exclama el mismo cronista (3), y añade en otro lugar:

poblezuelo de muy poco momento (4),

como eran las demás aldeas aledañas "del partido de Sáchica, en que se comprende el (pueblo) de Suta, encomendado a Antonio de Santana, uno de los conquistadores" (5), "en jurisdicción de la ciudad de Tunja, y en confines de las de Santafé y Muza" (6).

Vamos a pasar una mirada superficial a habitantes, tierras y viviendas como los vieron cronistas, historiadores, viajeros y expedicionarios *hace cuatro centurias*. Será el simple relato noticioso del ambiente, de las regiones y circunstancias del siglo XVI y algunos rasgos de la cultura de sus gentes a fin de comprender mejor cómo la *Virgen sin mancilla* se dignó mirar ese rincón humilde del Nuevo Mundo descubierto hacia precisamente cien años.

Marco geográfico

Lo primero, la visión topográfica. Un territorio ligeramente quebrado en la Cordillera Oriental de los Andes, a 2.550 metros sobre el nivel del mar, poblado desde la época prehispánica por aborígenes de raza chibcha (muisca). Zona fría, de páramo, de gran potencial agrario, pero casi inhabitable por los pantanos, "humedad, continuas lluvias y espesas nieblas", que eso significa *Chiquinquirá* en lenguaje chibcha (7), aunque al presente —escribe Fernández de Piedrahita un siglo después— "goza de claro cielo y buen temple en que se mira la suntuosidad" del templo actual (8).

La gran densidad de población en esos lugares, solo aprovechables en parte para las estancias y sementeras, obligaba a los grupos aborígenes a concentrarse en las zonas menos expuestas a inundaciones, que no eran escasas, y más propicias para las labores del campo.

El lugar exacto donde con el tiempo se fundará la Villa de Chiquinquirá es descrito en 1771 por el jesuita Giandomenico Coleti como "una gran llanura, hermosa y fértil, circundada de montes cubiertos de árboles". Para añadir luego que "la recorre el río de la Balsa, muy rico en peces. El clima es benigno y sano" (9).

Pues bien, poco antes de esa fecha, en 1642, no existían en dicho lugar sino unas chozas pequeñas armadas sobre bahareques, adobe o tapia pisada, con techo de paja y pasajes a manera de calles estrechas que seguían el curso de los riachuelos o el capricho de los caminos. Fuera de que el agua potable era escasa.

Es de notar que tales caseríos o pequeños pueblos de indios recién convertidos se llamaban *doctrinas* o también *doctrinas de clérigos*, que establecían los misioneros

cuando todavía no se habían constituido en curatos o parroquias. Eso era Chiquinquirá hace cuatrocientos años y, según testimonio de Juan Alemán Leguizamón, segundo cura del clero diocesano de Suta (más tarde Sutamarchán), no había allí "más que una cruz de madera y algunas estampas de papel (10). El tal *poblezuelo* quedaba además detrás de la Sierra de Coca, en el Hato que se llamaba de Burras o de Susa.

Ambientación indígena

No lejos de esa privilegiada región se dormía una laguna, que los aborígenes denominaban *Sigua sinza*, es decir, *lágrima brillante* (hoy Fúquene), de donde nace el río Saravita que, en épocas de invierno, inundaba y empantanaba gran parte del valle. Desde muy antiguo, por los accidentes geográficos, la mente primitiva había convertido muchos de esos lugares en santuarios o adoratorios, pues la leyenda y el mito situaba en ellos la morada de algunas de sus deidades. *Sigua sinza* era cada una de ellas (11), donde —como refiere don Joan de Castellanos—

*presentaban las ofrendas
que trae cada cual al Santuario,
que son varias figuras hechas de oro,
hasta culebras, ranas, lagartijas,
mosquitos, hormigas y gusanos,
casquetes, brazaletes, diademas,
vasos de diferentes composturas,
leones, tigres, monos y raposas,
aves de todas suertes y maneras,
y el xequé hace tal ofrecimiento
ante los falsos ídolos que tienen,
unos de oro y otros de madera,
otros de hilo, grandes y pequeños (12).*

Objetos de ofrenda eran también la sangre de algunos animales, en especial aves, sobre todo papagayos; flores, frutos, tunjos de cobre, oro y tumbaga y piedras de colores entre las que se destacaban las esmeraldas. Sin que faltaran los sacrificios humanos, concretamente de prisioneros de guerra, matándolos con grandes clamores y voces, como refieren Quesada (13) y Pedro Simón (14), a los cuales hay que añadir otros cronistas. El Adelantado refiere asimismo una costumbre espeluznante: que ya en los cerros, ya en sus templos, degollaban a unos adolescentes, llamados *monjas*, que desde niños criaban esmeradamente con este fin (15), y los cadáveres —añade Pedro de Aguado— los dejaban en lo alto de los cerros para que el sol se sustentara de ellos (16). El arzobispo Zapata de Cárdenas tuvo que ordenar a los doctrineros que evitaran esos sacrificios humanos, dando oportuno aviso al prelado cuando los indios tuvieran algún muchacho con ese destino (17).

Regresemos a los extensos valles de esas regiones de la Cordilleras Oriental, en especial a los de Ubaté, Chiquinquirá, Villa de Leyva y la Sabana de Bogotá, que fueron asiento de antiguos lagos y han sido, siguen siendo, factores edafológicos apropiados para muchos cultivos y sementeras como, desde remotísimos tiempos, del maíz, la papa, la arracacha, el algodón y frutas —piñas, aguacates, guanábanas, guaya-

bas ...— a las que se aficionaron no poco los españoles por su sabor exquisito y su valor nutritivo —y, en general, para variedad de legumbres: quinua, ají, frijol, habias, cubios, tomate ...—, base fundamental de su alimentación.

Uno de los más importantes cronistas del s. XVIII, el jesuita Gilij, italiano de nacimiento, menciona entre las frutas y dulces de Tierra Firme que le llamaron mucho la atención por lo sabrosas el hicaco y la guayaba; y entre las bebidas —refiriéndose a Boyacá— la *chicha*. “Las *chicheras*, dice, o vendedoras de chicha, que son ordinariamente mujeres mestizas, han encontrado la manera de mejorarle el sabor, mezclándola con canela y jugo de piña. Y en verdad, así reformarle el sabor, mezclándola con canela y jugo de piña. Y en verdad, así reformada la chicha no es despreciable”. Y continúa con cierta inocente sorna: “La loja que se usa en los convites es líquida y clara como el vino. Es también muy agradable y no produce trastornos, pero a muchos no les gusta esta cualidad y no la toman. Y para placer de los amantes de licores fuertes, hay quien los suministre abundantemente con destilar el jugo cocido de la caña de azúcar. El aguardiente que de ahí resulta, si bien fuerte por una parte, no es desagradable al gusto; pero reducido a *mistela*, como en Santafé lo usan muchos, es agradable hasta el punto de que por el sabor y el color no se distingue de la española sino por el que tenga mucha experiencia” (18). Mas tornemos a la tierra.

El subsuelo se ha venido explotando desde muy antiguo por la riqueza abundantísima de recursos naturales, como los bancos de sal gema que formaban gigantescos depósitos en los fondos de los mares del cretáceo, los yacimientos de cobre en cuyo aprovechamiento llevaban varias centurias, las minas de esmeralda, el carbón mineral usado ya por los indígenas como combustible. De la sal, desde tiempos inmemoriales los aborígenes se beneficiaron, si bien a la llegada de los descubridores y conquistadores estos quisieron tener las salinas bajo su control (1537), pero tornaron a los indios (1610) (19). En cuanto a la metalurgia, ya en s. IX de nuestra era conocían los muiscas una técnica rudimentaria pero efectiva, según han comprobado los modernos arqueólogos (20).

Y aquí permítasenos una digresión. Es que nos llamó la atención lo que el cronista real Fernandez de Oviedo refiere de la manera como los indios sacaban las esmeraldas, al menos como él supo. Oigámoslo:

“Inquiriendo el nacimiento de las esmeraldas y las formas que de sacarlas tienen los indios, es de saber que están en una montaña y señorío del cacique Somondoco, en una sierra muy alta y pelada, y en espacio de una legua y no más, cuyo asiento, puntualmente, está en cinco grados de esta parte de la línea equinoccial. Y en la subida está aquella sierra, en el tercio primero, o casi hasta la mitad de su altura, arbolada y fresca, y de allí para arriba es pelada y seca y de una manera de peña no fuerte pero que se puede cavar con *coas* o palos agudos de madera recia que los indios tienen para sacar esmeraldas, las cuales *coas* o palos sirven en lugar de barretas; y hacen unos hoyos, cuando llueve, o pozas, en que recogen el agua, y después guíanla a lo que han movido y cavado con las *coas*, y lavan la tierra, y descubren las esmeraldas así como la natura las cría y forma, unas mayores que otras, y unas más finas y limpias que otras, y de diversas cantidades, en la grandeza y precio o valor que deben ser estimados.

“Yo he visto y he tenido en mis manos que me enseñaron, estos capitanes Juan de Junco y Corral, más de cincuenta y sesenta piezas, y algunas de ellas muy buenas y de asaz valor, y otras notables y de muchas suertes ...” (21).

No estará de más añadir una curiosa observación del jesuita Gilij en su Historia: "Buscó primero la mina de esmeraldas que está en Muzo don Luis Lancho, capitán muy célebre ...; y si seguimos a Piedrahita, de esas esmeraldas, que son más bellas que las orientales, se llenó enseguida el mundo y no solo España a donde fueron primordialmente llevadas. Y ni por esto, después de dos siglos se han agotado o disminuido, aunque por su abundancia ya han perdido mucho de su antiguo valor. En Santafé, ciudad en la que más abundan, apenas hay persona que no las tenga muy bonitas y a bajo precio; se venden hasta por las calles en sobres de papel con veinticinco esmeraldas cada uno. Es cierto que no son todas de igual belleza ni de tamaño siempre proporcionado a la necesidad de los acaparadores ..." (22).

Cuando en 1537 llegaron los españoles los aborígenes tenían gran experiencia en esa explotación, tanto en Muzo como en Somodoco, en cuyo oficio —escribió el sabio antropólogo Luis Duque Gómez— "habían logrado tal adiestramiento, que la Corona de Castilla así lo reconoció en las disposiciones que ordenaron que el beneficio de esta riqueza se hiciese con mano de obra nativa y no con españoles" (23).

Un breve pasaje de un cronista de Indias completará la visión geográfica que nos ha interesado. El misionero franciscano Fray Pedro de Aguado (24), al tratar los reconocimientos adelantados por Juan de Céspedes, capitán al servicio de Jiménez de Quesada, refiere que dicho capitán "siguiendo su descubrimiento la vía del sur, dio en unos páramos de grandísima frialdad y raras poblaciones, cuyos moradores se sustentaban con solo turmas, raíces de una hierba que la tierra producía mediante la cultivación de los indios, sin otra cosa ninguna; porque los grandes y continuos hielos y fríos no daban lugar a que en ellas se criasen otros mantenimientos; y visto la miseria de esta tierra, dio la vuelta al capitán Céspedes sobre la mano derecha hacia el poniente, donde los moradores de aquellos fríos páramos le decían que había muchas gentes y ricas, engañosamente, solo para echarlo de su territorio ..."

Debemos añadir otros que, por otros testimonios, sabemos que existía entre los nativos caza abundantísima, en especial de curies o conejillos de Indias y venados, además del consumo, para ellos delicioso, de gusanos llamados chizas. Y hay que incluir la pesca, el comercio y otras actividades, entre ellas la alfarería tan importante que los cronistas denominaron "pueblos de olleros" a las poblaciones nativas de inmediaciones de la laguna de Fúquene en el siglo XVI. Es verdad que era tosca muchas veces, pero también floreció la alfarería artística, especializada en vasijas zoomorfas y antropomorfas moldeadas y modeladas. Castellanos pinta en sus *Elegías* altares idolátricos donde se ponían —dice—

*dos diferencias de gazofilacios
en la hechura, pues el uno era
imagen de persona toda hueca
obra de mano mal proporcionada,
abierta por encima de la frente,
por donde se metían joyas de oro
de variados animales y figuras,
y el abertura della se tapaba
con un bonete hecho de lo mismo
tocado que acostumbra muchos indios* (25)

La alfarería en general tenía una fuerte demanda, sobre todo los grandes recipientes para la cocción de la sal, que era el sistema empleado entonces para la elaboración del producto y que hacían indispensable romper la vasija una vez lograda la evaporación (26).

Los habitantes

Primero, los nativos, "miembros de una numerosa familia de tribus lingüísticamente chibchas" (27).

Remontémosnos un poco atrás para comprender mejor la época. Hemos, sin embargo de prescindir ahora de precisiones antropológicas eruditas que, para nuestro intento, no vienen al caso. Aunque sí es importante recordar que este altiplano, en épocas precoloniales, estuvo ocupado por pueblos que hoy conocemos con el nombre genérico de muiscas. Los aborígenes habían superado el estado de simple sociedad tribal, logrando constituir estructuras políticas de orden superior. Los chibchas estaban divididos en pequeños reinos que vivían en guerras permanentes. La densidad de su población era elevada debido, en parte, a la fertilidad del territorio y a la movilidad de la gente. La sal, por ejemplo, era llevada por los indios desde la altiplanicie de Bogotá, hasta el Perú por un lado y, por otro, hasta el Istmo de Panamá para lo cual debían atravesar las selvas del Magdalena superando salvajes riesgos y peligros, caimanes, mosquitos, enfermedades, sin contar con el hostigamiento de los indios que llamaban yarigués, que salían al río Grande de la Magdalena a ofender a los pasajeros. En trueque por la sal traían oro para su industria suntuaria en adoratorios y templos, para vestidos lujosos de sus sacerdotes y para los arreos de los jeques que, en ciertas oportunidades, se cubrían el cuerpo con lentejuelas de oro, lo cual dio origen a la leyenda de *El Dorado*.

Las habitaciones eran de planta circular, techo cónico y pajizo, a veces sostenido por un gran poste central; las paredes se formaban de maderas recubiertas por dentro y por fuera y aseguradas con astillas y cuerdas; mientras los poblados se rodeaban de empalizadas o cercados que abarcaban un templo, el bohío del cacique con ingenio derroche, y chozas de caña, barro y ramas.

Divertida, si no fuera lamentable, es la noticia que a este propósito trae Fray Pedro Simón y la repiten otros cronistas. Cuando se inauguraba el cercado de los caciques, escribe el misionero, había una borrachera que duraba varios días, en la cual se llevaban a cabo danzas, juegos y entretenimientos, "en especial de truhanes y chocarreros" y donde había indios con instrumentos que incitaban a llorar a todos, de rato en rato, en medio de los regocijos y bailes (28). Y no había fiesta que no terminara con una desenfundada orgía.

En cuanto al vestido, los indios se cubrían con mantas fuertes y chircates de algodón silvestre y fibra vegetal, teñidos con pinturas "mixturadas de tierra de diferentes colores con el zumo de algunas yerbas y flores correspondientes" (29). Los hilados y tejidos eran ocupación propia de las mujeres junto con la agricultura, mientras los varones se dedicaban a otras faenas —minería, pesca en las lagunas, ríos y quebradas, comercio y caza—. Del algodón informa Fray Pedro de Aguado que los indios decían que "lo iban a comprar a donde lo había, que en la provincia de Tunja era hacia la parte de Sogamoso, en más cantidad, y que allí dan por una carga de algodón por desmotar, que es lo que el indio puede cargar, una manta buena, y que traída a su tierra, aderezándolo, hilándolo y

tejiéndolo, hacían de ella otra tan buena manta como la que habían dado y cuatro mantas chingamanales, que se llaman de este nombre por ser pequeñas y bastas y mal torcidas y peor tejidas, y suelen dar por una buena manta, tres o cuatro de estas chingamanales" (30).

Tornando a los chibchas, la resistencia de estos a los españoles fue muy débil. Jiménez de Quesada y sus compañeros, después de remontar el Magdalena (1536), penetró al año siguiente en ese territorio con ciento sesenta y seis hombres y cincuenta y nueve caballos. El Zipa le salió al encuentro con seiscientos hombres pero después de desesperada resistencia fue derrotado. El Zaque también tuvo que rendirse. En 1538 la conquista del territorio estaba terminada y repartido con sus habitantes entre los conquistadores, según el sistema de las encomiendas.

Encomiendas

Estas fueron una institución propia de la colonización española en América. La carta-patente de 22 de julio de 1497, de los Reyes Católicos, autorizaba los repartos de tierras entre españoles, y mandaba que el cacique a quien correspondiera la demarcación, o sus gentes, la labrasen. Pero al mismo tiempo se protegía a los indios. Leamos la ley primera, título VIII, libro VI de la *Recopilación de Indias*: allí se ordena que "luego que se haya hecho la pacificación, el adelantado, gobernador o pacificador reparta los indios entre los pobladores, para que cada uno se encargue de los que fuesen de su repartimiento y los defienda y ampare, proveyendo ministro que les enseñe la doctrina cristiana y administre los sacramentos guardando nuestro patronazgo, y enseñe a vivir en policía".

Como se ve, era uno de tantos intentos de la corona española, al comienzo de la colonización, para amoldar a los indígenas del Nuevo Mundo al tenor de vida europea cuyo resultado fue un fracaso.

Pues bien, como la ley *encomendaba* a los ibéricos las tierras repartidas a ellos, el nombre de *encomenderos* se hizo popular y, como vimos, el rey colocaba bajo la autoridad de un conquistador o colono un territorio y un grupo determinado de indios con ciertos deberes y privilegios. Sin embargo, el encomendero no era un señor territorial con jurisdicción civil y criminal sobre sus vasallos. Las tierras que explotaban los indígenas seguían siendo propiedad de estos (31), en teoría.

De las encomiendas nacieron las doctrinas, en las cuales enseñaban laicos, a falta de clérigos. Gonzalo Suárez Rendón, el fundador de Tunja, declaraba en su testamento que en sus encomiendas, cuando no había sacerdotes, él mismo hacía de doctrinero con los naturales, o si no sus mayordomos españoles (32). Y como él, muchos otros.

"La razón de conceder estas encomiendas fue, por una parte, el atraer a los conquistadores a establecerse en tierras americanas 'con los grillos del provecho y comodidad de estas encomiendas', y premiar los servicios de los conquistadores y, por otra, el consolidar el dominio español sobre los nuevos territorios y el facilitar la evangelización de los indios", comenta el historiador jesuita Juan Manuel Pacheco (33).

Sin embargo, como sucede siempre, muchos encomenderos abusaron de su posición, y se excedieron en crueldad y en una explotación escandalosa, lo cual determinó esporádicos brotes de rebelión que fueron aplastados sin piedad.

Y con esto hemos llegado a finales del s. XVI en Suta (más tarde Sutamarchán), Simijaca y Chiquinquirá. Los aborígenes seguían pagando tributos, prestaban servicios personales y trabajaban sin descanso. Pero la Madre de Dios velaba por ellos y por lo que habríamos de venir después.

El encomendero Santana

El valle de Chiquinquirá pertenecía a un encomendero de nombre Antonio de Santana, pues había comprado lo que los demás ibéricos denominaban *aposenos*, donde era "dueño de un ható de vacas (...) y tenían algunos indios de su encomienda" (34). *Aposentos* eran residencias rurales para vivir en ellas o para centro de las más lucrativas granjerías, con tierras abundantes, peones gratuitos y todas las facilidades de la época. Precisamente de ahí se originaron muchas de las grandes haciendas de antaño y, en muchos casos, se formaron pueblos alrededor de ellas. A la usanza del lugar, las construcciones se hacían de adobe o tapia pisada y se pintaban de blanco para que se vieran de lejos, con techumbre de paja y corredores entejados con el objeto de recoger el agua lluvia en grandes recipientes de barro cocido. Junto a ellas se hacían corrales cubiertas de paja para dormitorio de los peones, además de la cocina, trojes y abrigos de los animales domésticos que no permanecieran a campo raso. Por la corraleja pasaba de ordinario un arroyuelo que bañaba la casa y servía para regar los campos.

Así eran, más o menos, los aposentos de Antonio de Santana, solo que no era un arroyuelo el de sus tierras sino un pequeño río que desembocaba en el Saravita. En esta forma las canoas de la laguna podían atracar cerca de la casa principal, pues daba la casualidad de que desde mucho atrás los indios cocas de las riberas del *Sigua sinza* (Fúquene) y los de Suta y otras encomiendas, evangelizados por los misioneros dominicos, tenían por esos lados una capilla pajiza a donde solían acudir cuando se les celebraba la Santa Misa. En la doctrina de Chiquinquirá el jefe indio era un cacique llamado Alonso. De esa capilla cuenta Rodríguez Freile que al año siguiente a la renovación de la imagen de Nuestra Señora "no llegaba a tener treinta pies de largo, cubierta de paja, armada sobre bahareques de barro, con altar de carrizo, porque sus feligreses indios de aquel pueblo de Chiquinquirá eran tan pocos que todos cabían en est pequeña iglesia" (35).

El encomendero Santana, oriundo de Zafra en Extremadura, vivía en Tunja desde 1541. Había llegado con la expedición del gobernador Jerónimo Lebrón. Fue, pues, uno de los primeros españoles que se establecieron allí. Casado con doña Catalina García de Irlas y sin hijos legítimos se había embarcado él solo para América en 1528, donde encontró las más variadas aventuras, como él mismo las había querido, en largas y arriesgadas expediciones hasta asentarse en Tunja, donde lo hicieron encomendero de Suta y Chiquinquirá y donde había otro sencillo oratorio. Del clima de esas estancias afirma Flórez de Ocariz —porque se ve que el hielo impresionó a los cronistas— que "el paraje era, en lo antiguo, estancia del encomendero y casi inhabitable por extremo frío y enfermo y que apenas se veía el sol..." (36). De modo que la crudeza de las lluvias le hizo buscar un clima más benigno y fue a Suta donde la tierra era más apta para legumbres, hortalizas, trigo y aún olivos como en su lejana Extremadura. Además, el camino real de Tunja a Suta y la comunicación con Muzo era paso obligado con los aposentos de Chiquinquirá. Así, pues, establecióse en Tunja sin dejar sus encomiendas y, cansado de

singulares aventuras, hizo venir de España a su mujer, quien llegó a vivir con su marido en la ciudad de los Zaques.

El platero de Narváez

Antonio, como buen español, era bastante religioso y profesaba un gran amor a la Virgen María, Nuestra Señora. Como en los aposentos de su propiedad en Suta no existía sino la capillita que dijimos, construida otrora por los misioneros para catequizar a los indígenas y el propio caserío carecía de iglesia, el párroco celebraba, cuando podía, la Santa Misa en la de Chiquinquirá.

Y fue el caso que, por devoción propia o por escrúpulos de la vida pasada o con el objeto de fomentar entre los indios y colonos el amor a la Santísima Virgen, pensó en hacerse a un cuadro bajo la advocación del Rosario, bien fuera trayéndolo de España o bien haciéndolo pintar de un cierto amigo y paisano suyo establecido en Tunja desde 1560. Alonso de Narváez era natural de Alcalá de Guadaíra, casado con Ana de Prado, padre de siete hijos, platero de profesión, comerciante y, en sus ratos libres, aficionado al arte del Polignoto. Pues bien, a este le encargó Antonio el deseado cuadro y él puso manos a la obra.

Tobar y Buendía un siglo después, al hablar del lienzo que el pintor iba a utilizar, añade un valioso detalle cuando dice que "se ha visto en el Nuevo Reyno, que algunas personas por curiosidad han procurado conservar algunas mantas de algodón de las finas, que antiguamente texían los indios, que llaman de pincel, porque con tierra negra, y colorada pintaban en ella curiosas lavores, y por mucho cuydado, que ellas han tenido, ya de ellas aún no ay memoria ..." (37).

"Sobre una manta tejida por los indios de Tasco —escribe el bogotano don Tomás Rueda Vargas—, con yerbas de nuestros campos mezcladas a tierras de barrancos de Sutamarchán, trazó la tosca mano de Alonso de Narváez una Virgen del Rosario, un fraile franciscano y un apóstol ..." (38). Más cabal es el relato del jesuita Felipe Salvador Gilij (39) de quien son estas palabras: "Como en aquellos tiempos no se encontraban en Tunja telas finas de lino y los bellos colores que llevaron después los españoles, Alfonso de Narváez, pintor entonces célebre en la ciudad, pintó una Virgen como se puede imaginar muy rústica según dibujo de fray Andrés, con colores sacados de las hierbas y mezclados con tierra, sobre un lienzo de algodón, vulgarmente llamado manta o ruana. Sin embargo, el señor de Santana quedó contento, y habiéndola colocado en su oratorio, que tenía techo de paja, empezó a venerarla con singular devoción ..."

Esto sucedía en 1575. Tres años después fallecía el encomendero. Muerto él, con el tiempo se fue estropeando el sagrado lienzo porque —según confesión del presbítero Francisco Pérez, que fue doctrinero en Suta— "en el altar donde estaba la imagen se llovía y caía el agua sobre el dicho lienzo" (40), y así quedó "olvidado entre el polvo y el ultraje de los trastes de la despensa de una casa de campo" (41), la causa fue que al llegar a Suta, hacia 1575, Juan de Leguizamón, nombrado doctrinero, y ver que la imagen "estaba tan descompuesta y desleída de colores que casi no se divisaban bien las figuras", y el lienzo "agujereado en algunas partes por algunos agujeros pequeños" juzgó irreverente celebrar la Misa ante "lienzo tan deslustrado y maltratado", por lo cual pidió a Santana que le consiguiera otro para reemplazarlo o si no él mismo haría las

diligencias, como en efecto las hizo con un Santo Cristo Crucificado (42), que después se puso en la iglesia del pueblo de Suta, dice Zamora (43), mientras la descolorida imagen fue a parar a las trojes de los aposentos de Chiquinquirá.

Doña Catalina, la viuda, sin hijos, había confiado a su paisano el pintor la administración de los copiosos bienes que le habían quedado, con el objeto de retirarse a estos últimos aposentos, y llevó consigo como compañera a Juana de Santana, parienta suya, y para el servicio a la mestiza Ana Domínguez.

María Ramos viene de España

Francisco de Aguilar Santana y Pedro Rivera Santana eran sobrinos de Antonio y muy queridos de doña Catalina que no tenía hijos. Ambos habían llegado al Nuevo Mundo en 1573. El primero no era casado y Pedro tenía como esposa a María Ramos, quien permanecía en España por voluntad de su marido, con dos hijos, una joven y un pequeño. Después de acompañar un tiempo en su pena a la viuda, Pedro resolvió enviar a su hermano a la Península para que le trajera la familia y reorganizar su hogar.

María Ramos había nacido en un pueblecito de Andalucía, Guadalcanal de Ronda. Muy joven había contraído matrimonio con Alonso Hernández de quien había tenido una hija, Anita de los Reyes. Pero enviudó muy pronto y contrajo nuevas nupcias con Pedro de Rivera Santana. Después del primer hijo el andariego marido se enroló con su hermano en la expedición a las Indias comandada por Jerónimo Lebrón.

María Ramos recibió el aviso de su esposo, quien le daba "noticia de su fortuna, representando las conveniencias que tenía en las Indias, y que para gozar de ellas con gusto estimaría que se lo hiciese, animándose a ir a acompañarle" (44). Ella apenas lo supo hizo los preparativos del caso y se embarcó con los dos hijos y una antigua criada. El viaje fue prolongado, como podemos imaginar, por el océano, por el río la Magdalena, por los escabrosos caminos de entonces a lomo de mula hasta llegar a Santafé y de ahí seguir a la capital del Zaque (1585). Mujer fuerte, fiel, de gran virtud.

El pintor de Narváez, como dijimos, ya había muerto. María Ramos fue recibida con relativas manifestaciones de alegría por su esposo (45), quien la instaló en la cómoda mansión que antes habitaba doña Catalina. Todo parecía feliz, mas al poco tiempo murió el hijo de trece años, víctima de inesperada enfermedad. Y el panorama cambió. Pedro se tornó insoportable, duro, nada le agradaba, no proveía lo necesario, se mostraba arrepentido de haber traído de Sevilla a su esposa ... La razón era "por hallarse (él) divertido con otra (mujer)", según confiesa el cronista (46).

Ante semejante situación Anita no quiso aguantar más el mal ejemplo del padrastro. La Ramos, so pretexto de visitar a doña Catalina en Chiquinquirá, pidió permiso a su marido para viajar a los aposentos, con Anita, permiso que naturalmente le fue concedido. Comenzaba el año de 1586. Anita se casaría muy pronto.

La bienvenida de doña Catalina fue cordialísima, "la trató con respeto y caricias" —dice el historiador (47)— y, hablando de todo, supo María Ramos que en un pajar estaba la estropeada obra del de Narváez, "maltratada de haber andado arrastrada y con tres agujeros" (48), "con señales confusas de haber tenido pinturas" (49) ... hasta descubrir

“algunas sombras, dice el cronista, que confusamente manifestaban tres imágenes sin determinar cuyas eran” (50). El caso era que había servido para secar trigo y para otros oficios en los trejos del cortijo. La Ramos “estiró las dobleces” (51), templó el lienzo en un bastidor de cuatro cañas, limpió con cuidado cuanto se podía “púsolo en el altar asido de cordeles” (52) de fique, dándole “uatro o cinco apretados ñudos” (53), aseó el oratorio que había pasado a ser albergue de perros y animales de cerda, y advirtiendo que por las rendijas entraba el agua, el sol y el sereno, lo hizo acogedor, reparó goteras, mandó empañetar los tabiques, apisonar el suelo, puso flores y candiles ... y rezaba el rosario con su familia ... Se acercaba el viernes veintiséis de diciembre de 1586, hace cuatrocientos años.

El resto de la historia lo conocemos, aun cuando no estará de más —sólo por el gusto de recordar— citar unas líneas de una relación tal vez poco difundida, y que refiere cuanto sabemos con mínimas variantes. La trae el delicioso *Ensayo de Historia* del jesuita Gilij; “No viendo allá (María Ramos) imagen alguna de la Virgen ante la cual pudiera rezar con los demás el rosario, preguntó a los de la casa y le contestaron que había una en la despensa, pero descolorida a tal punto que las antiguas formas ya no se veían sino algunas pinceladas. La buena María la buscó con ansiedad y habiéndola encontrado por fin, la colocó en un lugar decente para que la veneraran. Para que el regocijo espiritual de María fuera completo, faltaba en aquel lugar el sacrificio de la Misa. Un día, y fue el de San Esteban protomártir del año 1586, se puso en la puerta de la casa pensativa y ansiosa de participar en el santo sacrificio, cuando se le acercó la india Isabel que llevaba de la mano un niño suyo de cuatro años de edad.

Hablaban las dos mujeres como suele suceder, cuando de improviso el niño que miraba atentamente a través de la puerta todo lo que había en el interior, dice muy sorprendido: ¡Mirad qué bella Virgen! La dos volvieron a mirar hacia la sagrada imagen, que era precisamente la que había mandado pintar el señor Santana, adornada de bella y esplendorosa luz y renovados sus colores en forma tal que parecía ser obra del Omnipotente.

No me detendré en describir aquí —prosigue el historiador— cómo las dos mujeres llamaron inmediatamente a los vecinos, pues ofuscadas por el esplendor de los rayos que despedía la imagen, creían que la casa se incendiaba, ni las innumerables gracias que una vez reconocido el milagro obtuvieron varias personas que concurrieron a invocar el patrocinio de la Santísima Virgen en aquella milagrosa imagen.

Quien quiera puede leer un ensayo sobre esto en el dominicano Zamora ... (54), concluye el historiador.

Y con esa misma inquietud dejamos también nosotros a los lectores.

He aquí una somera visión de CHIQUINQUIRA Y PUEBLOS ALEDAÑOS EN EL S. XVI y lo que hizo la Madre de Dios pensando en nosotros.

NOTAS

1. Lc. 1, 48, y 52.
2. *Elegías de varones ilustres de Indias* (...), IV, 442-447.
3. *Elegías*, *ibid.*
4. *Elegías*, *ibid.*, 441.
5. Fray Alonso de Zamora, O. P., *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1980, t. III, pág. 23.
6. Juan Flórez de Ocariz, *Genealogías del Nuevo Reino de Granada* (...), Libro primero, vol. II, Segunda edición, Bogotá, pág. 200.
7. Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (...), libro sexto, cap. V, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1881, pág. 155.
8. L. Fernández de Piedrahita, *o.c.*, *ibid.*
9. *Diccionario histórico-geográfico de la América Meridional*, Edic. (Bogotá), Publicaciones del Banco de la República (...), (1974), t. I, s.v.
10. Fray Pedro de Tobar y Buendía, O. P., *Verdadera histórica relación* (...), libro I, cap. III, pág. 15, Edición facsimilar de la primera de 1694, Bogotá, I.C.C., 1986.
11. Luis Duque Gómez, *Prehistoria*, en *Historia Extensa de Colombia*, vol. I, t. II, pág. 446, Bogotá, Lerner, 1967.
12. *Elegías*, IV, I, 155.
13. *Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*, en J. Friede, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá* (Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1960), Anexo documental, pág. 268.
14. Fray Pedro Simón, OFM, *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (...), Quinta Noticia Histórica, cap. V, 2, T. II, pág. 249, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1882.
15. *Epítome*, pág. 268.
16. Fray Pedro de Aguado, OFM, *Recopilación histórica* (...), I parte, lib. III, cap. II, Bogotá, Ed. 1956; cfr. Simón, II, pág. 249.
17. Juan Manuel Pacheco, S. J. en *Ecclesiastica Xaveriana*, 8-9 (1958-1959), 171-2.
18. *Ensayo de Historia Americana*, en *Enciclopedia de Colombia*, vol. I, págs. 320-321.
19. L. Duque Gómez, *o.c.*, pág. 461.
20. L. Duque Gómez, *o.c.*, pág. 445.
21. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, Madrid, Real Academia de Historia, 1851-1855, cap. XIII.
22. Felipe Salvador Gilij, *Ensayo de Historia Americana* (...), trad. por M. G. Romero y C. Bruscantini, Bogotá, Biblioteca de Historia Nacional, vol. LXXXVIII (1955).
23. L. Duque Gómez, *o.c.*, pág. 447.
24. P. de Aguado, OFM, *o.c.*, I parte, lib. III, cap. VI, pág. 276.
25. *Elegías*, IV, III, pág. 195.
26. L. Duque Gómez, *o.c.*, pág. 456.
27. Sergio Elías Ortiz, *Lenguas y Dialectos Indígenas de Colombia*, en *Historia Extensa de Colombia*, vol. I, t. III, Bogotá, Lerner, 1965, pág. 31.
28. P. Simón, OFM, *o.c.*, en Ediciones de la Biblioteca del Banco Popular, vol. 105, 1981, pág. 378.

29. A. Zamora, O. P. *o.c.*, pág. 297.
30. P. de Aguado, OFM, *o.c.*, I parte, lib. IV, cap. XVI, pág. 406.
31. J. M. Pacheco, S. J. *Historia Eclesiástica*, t. I., en *Historia Extensa de Colombia*, vol. XIII, I, Bogotá, Lerner, 1971, pág. 66.
32. J. M. Pacheco, S. J. *Historia Eclesiástica*, pág. 464.
33. J. M. Pacheco, S. J. *Historia Eclesiástica*, pág. 66.
34. A. Zamora, O. P., *o.c.*, pág. 298.
35. Juan Rodríguez Freile, *El Carnero*, cap. XI, Bogotá, Ed. del Ministerio de Educación Nacional, Revista 'Bolívar', 1955. pág. 142.
36. J. Flórez de Ocáriz, *o.c.*, pág. 203.
37. P. de Tobar y Buendía, O. P., *o.c.*, pág. 203.
38. Tomás Rueda Vargas, *Escritos*, t. I, pág. 180, Bogotá, Talleres Gráficos de Antares, (s.f.).
39. *o.c.*, pág. 275.
40. Declaración de Francisco Pérez, Pbro. en Andrés Mesanza, O.P., *Nuestra Señora de Chiquinquirá y Monografía histórica de esta Villa*, Bogotá, 1913, pág. 152.
41. A. de Zamora, O. P. *o.c.*, t. III, pág. 23.
42. Declaración de Juan de Leguizamón, Pbro., en A. Mesanza, *o.c.*, pág. 147.
43. A. de Zamora, O. P., *o.c.*, pág. 298.
44. P. de Tobar y Buendía, O. P., *o.c.*, pág. 19.
45. J. Flórez de Ocáriz, *o.c.*, pág. 201.
46. J. Flórez de Ocáriz, *o.c.*, pág. 202.
47. J. Flórez de Ocáriz, *o.c.*, pág. 202.
48. J. Flórez de Ocáriz, *o.c.*, pág. 202.
49. A. de Zamora, O. P. *o.c.*, pág. 298.
50. A. de Zamora, O. P. *o.c.*, pág. 299.
51. A. de Zamora, O. P. *o.c.*, pág. 299.
52. J. Flórez de Ocáriz, *o.c.*, pág. 202.
53. P. de Tobar y Buendía, O. P. *o.c.*, pág. 21.
54. *o.c.*, pág. 276.

BIBLIOGRAFIA

- AGUADO, Fray Pedro de, OFM. *Recopilación historial (...)*. Bogotá, 1956, libro III, I parte.
- BANCO DE LA REPUBLICA. *Diccionario histórico-geográfico de la América Meridional*, Edic. Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1974, t. I, s.v.
- DUQUE GOMEZ, Luis. *Prehistoria*. En: *Historia Extensa de Colombia*. Bogotá, Editorial Lerner, 1967. Iv., II t.

- FERNANDEZ DE OVIEDO, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, Madrid: Real Academia de Historia, 1851-1855.
- FERNANDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas. *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Imprenta Medardo Rivas, 1981. Libro sexto.
- FLOREZ DE OCARIZ, Juan. *Genealogías del Nuevo Reino de Granada (...)* 2a. ed. Bogotá: libro primero, 2 v.
- MESANZA, Andrés, OP. *Nuestra Señora de Chiquinquirá y Monografía histórica de esta villa*. Bogotá, 1913.
- ORTIZ, Sergio Elías. *Lenguas y dialectos indígenas de Colombia*. En: Historia Extensa de Colombia. Bogotá: Editorial Lerner, 1965. I v. III t.
- PACHECO, Juan Manuel, S. J. *Historia eclesiástica*. En: Historia Extensa de Colombia. Bogotá: Editorial Lerner, 1971. XIII v.
- RODRIGUEZ FREILE, Juan. *El Carnero*. Bogotá: Revista "Bolívar", Editorial del Ministerio de Educación Nacional, 1955.
- RUEDA VARGAS, Tomás. *Escritos*. Bogotá, Talleres Gráficos de Antares, s. f. I t.
- SALVADOR GILIJ, Felipe. *Ensayo de Historia Americana (...)*. Traducido por M.G. Romero y C. Bruscantini. Bogotá: Biblioteca de Historia Nacional, 1955. LXXXVIII-V.
- SIMON, Fray Pedro, OFM. *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales (...)*. Bogotá: Imprenta Medardo Rivas, 1882. Quinta Noticia Historial, II t.
- TOBAR Y BUENDIA, Fray Pedro de OP. *Verdadera histórica relación (...)*. Bogotá: I.C.C. Edición facsimilar de la primera de 1694, 1986. Libro I.
- ZAMORA, Fray Alonso de OP. *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1980. Tomo III.
- . *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*. En: Juan Freide. Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá. Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, 1960.